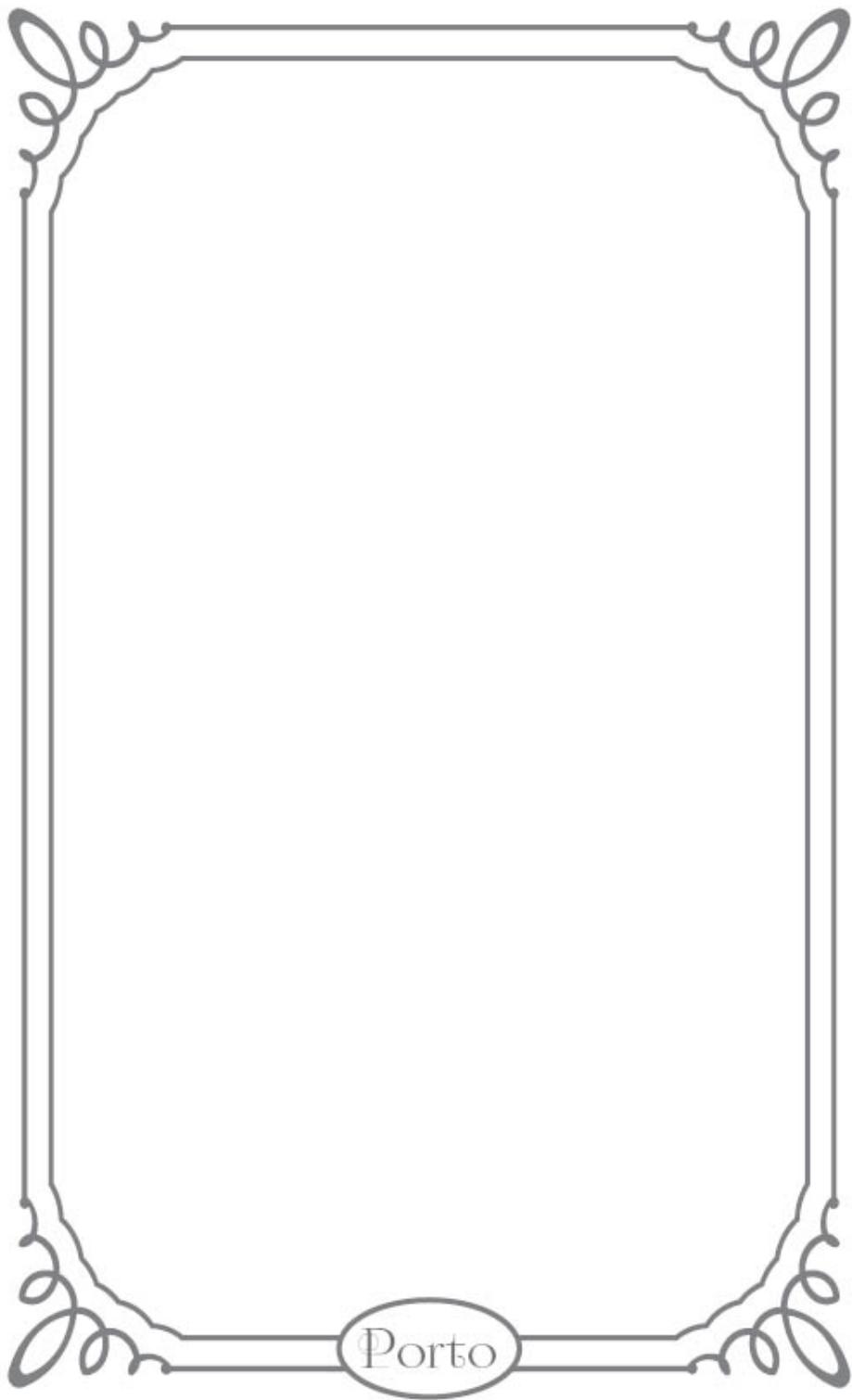


# CRIMEN & CASTIGO

.....  
Fiódor Dostoyevski  
.....



Porto





# CRIMEN & CASTIGO

Fiódor Dostoyevski



Porto



Título original: *Prestupléniye i nakazániye*  
Traducción: Alejo Lopera  
Primera edición en esta colección: septiembre de 2021

© 1866, Fiódor Dostoyevski  
© Sin Fronteras Grupo Editorial  
ISBN: 978-958-5191-46-4

Coordinador editorial: Mauricio Duque Molano  
Edición: Sara Palacio Gaviria  
Diseño de colección y diagramación:  
Paula Andrea Gutiérrez Roldán

Impreso en Colombia, septiembre de 2021  
Multimpresos S.A.S.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado: impresión, fotocopia, etc, sin el permiso previo del editor.

Sin Fronteras, Grupo Editorial, apoya la protección de *copyright*.

**Diseño epub:**  
Hipertexto - Netizen Digital Solutions

# PARTE I

# Capítulo I

Era una noche excepcionalmente calurosa de principios de julio, cuando un joven salió del ático en el que se alojaba en S. Placey y caminó despacio, como si estuviera dudando, hacia el puente K. Había evitado con éxito el encuentro con su casera en la escalera. El ático se encontraba bajo el tejado de una casa alta de cinco pisos y se parecía más a un armario que a una habitación.

La casera que le proporcionaba la estadía, las cenas y la asistencia vivía en el piso de abajo y cada vez que salía se veía obligado a pasar por su cocina, cuya puerta siempre estaba abierta. Casi siempre, al pasar, el joven tenía una sensación de malestar y miedo que le hacía fruncir el ceño y sentirse avergonzado. Estaba endeudado y tenía miedo de encontrarse con ella.

Esto no se debía a que fuera cobarde y tímido, sino todo lo contrario; pero desde hace algún tiempo lo habitaba un estado de irritación excesiva que rayaba en la hipocondría. Estaba tan absorto en sí mismo y aislado de sus compañeros que temía encontrarse, no solo con su casera, sino con cualquier persona. Aplastado por la pobreza, las angustias de su posición habían dejado de pesarle en los últimos días. Había dejado de ocuparse de los asuntos de importancia práctica; había perdido todo deseo de hacerlo.

Nada de lo que pudiera hacer la dueña de casa le causaba verdadero terror. Pero ser detenido en las escaleras, obligarse a escuchar sus triviales e irrelevantes cotilleos, sus insistentes demandas de pago, amenazas y quejas y devanarse los sesos en busca de excusas, a evadir, a mentir... No. Era preferible escabullirse por las escaleras como un gato y escapar sin ser visto.

Esta tarde, sin embargo, al salir a la calle, se dio cuenta de sus temores. 'Quiero intentar una cosa así y estoy asustado por estas minucias', pensó con una sonrisa extraña. 'Um... sí. Todo está en manos de un hombre y lo deja escapar por cobardía: es un axioma. Sería interesante saber a qué le tienen más miedo los hombres. Dar un nuevo paso, pronunciar una nueva palabra es lo que más temen... Pero estoy hablando demasiado. Es porque parloteo que no hago nada. Aunque también podría decir: no hago nada porque parloteo. He aprendido a parlotear este último mes, tumbado durante días en mi guarida pensando... en Jack, el cazagigantes. ¿Por qué voy allí ahora? ¿Soy capaz de *eso*? ¿Es *eso* algo serio? No es serio en absoluto. Es simplemente una fantasía para divertirme, ¡un juguete! Sí, tal vez sea un juguete'.

El calor en la calle era terrible y a ello se le agregaba la falta de aire, la bulla y el yeso, los andamios, los ladrillos y el polvo sobre él. Ese hedor especial de Petersburgo, tan familiar para los que no pueden salir de la ciudad en verano. Todo ello trabajaba sobre los nervios del joven, ya sobrecargado de nerviosismo. El insoportable hedor de las tabernas, que son especialmente numerosas en esa parte de la ciudad, y los hombres borrachos que se cruzaba a cada paso, a pesar de ser un día laborable, completaban la repugnante miseria del cuadro. Una expresión del más

profundo asco brilló por un momento en el refinado rostro del joven.

Era, por cierto, bastante guapo, de estatura superior a la media, delgado, bien constituido, con una hermosa oscuridad en sus ojos y su pelo castaño. Pronto se sumió en un profundo o, más bien, en un completo vacío mental; caminaba sin observar o preocuparse por lo que le rodeaba y no le importaba observarlo. De vez en cuando murmuraba algo, por la costumbre de hablar consigo mismo, que hace poco había confesado. En momentos como estos se daba cuenta de que sus ideas estaban enredadas y que además estaba muy débil; durante dos días apenas había comido. Iba tan mal vestido que incluso un hombre acostumbrado a la mala vida se habría avergonzado de ser visto en la calle con semejantes harapos. Sin embargo, en aquel barrio de la ciudad, cualquier defecto en la vestimenta a duras penas habría creado sorpresa.

Debido a la proximidad del Mercado del Heno, el número de establecimientos de mal carácter, la preponderancia de la población comercial y obrera que se amontonaba en estas calles y callejones del corazón de Petersburgo, se veían tipos tan variados que ninguna figura, por extraña que fuera, habría causado sorpresa. Pero había tal amargura y desprecio acumulados en el corazón del joven que, a pesar de toda la juventud, lo que menos le importaba era vestir sus harapos en la calle.

Otra cosa era cuando se encontraba con conocidos o antiguos compañeros de estudio, con los que, de hecho, le disgustaba coincidir en cualquier momento. Y, sin embargo, el joven se detuvo en el acto cuando un borracho, que por alguna razón desconocida llevaban en una carreta tirada por un caballo, le gritó de repente: “¡Eh, tú, sombrerero alemán!” y se agarró temblorosamente el sombrero. Era un

sombrero alto y redondo, de marca Zimmerman pero muy gastado, oxidado por la edad, roto y con manchas, sin ala y doblado por un lado de la manera más indecorosa. Aun así, no la vergüenza, sino otra sensación parecida al terror se apoderó de él.

‘Lo sabía’, murmuró confundido, ‘¡lo creía! ¡Eso es lo peor de todo! Una estupidez como esta, el detalle más trivial podría echar a perder todo el plan. Sí, mi sombrero es demasiado notable... Parece absurdo y eso lo hace notable... Con mis harapos debería llevar una gorra, cualquier tipo de prenda vieja pero no esta cosa grotesca. Nadie llevaría un sombrero así, se nota a leguas, se recordaría... Lo que importa es que la gente lo recuerda y eso les daría una pista. ¡Para hacer eso uno debe ser lo menos llamativo posible...! Pequeñeces, pequeñeces, ¡eso es lo que importa! Porque son esas pequeñeces las que siempre arruinan todo...’.

No tenía que ir muy lejos. De hecho, sabía cuántos pasos había desde la puerta de su casa: exactamente setecientos treinta. Los había contado una vez, cuando estaba perdido en sueños. En aquel momento no le tenía ninguna fe a esos sueños y solo se dejó tentar por su temeridad espantosa pero atrevida. Ahora, un mes después, había empezado a verlos de otra manera y, a pesar de los monólogos en los que se burlaba de su propia impotencia e indecisión, había llegado a considerar involuntariamente este sueño ‘horrible’ como una hazaña que debía intentar, aunque él mismo no se diera cuenta de ello. Ahora iba a ensayar eso y con cada paso su agitación se volvía más y más violenta.

Con el corazón hundido y un temblor nervioso, subió a una enorme casa que por un lado daba al canal y por el otro a la calle. Esta casa estaba alquilada y era habitada por trabajadores de todo tipo: sastres, cerrajeros,

cocineros, alemanes de cualquier clase, chicas que se ganaban la vida como podían y oficinistas, entre otros. Había un continuo ir y venir a través de las dos puertas y en los dos patios de la casa. Tres o cuatro porteros trabajaban en el edificio. El joven se alegró de no encontrarse con ninguno de ellos y enseguida se deslizó, sin ser visto, por la puerta de la derecha y subió la escalera. Era una escalera trasera, oscura y estrecha pero él ya estaba familiarizado con ella y conocía su camino. El entorno le gustaba: en esa oscuridad, ni siquiera los ojos más inquisitivos eran de temer. 'Si ahora estoy tan asustado, ¿qué sería de mí si de alguna manera se diera el caso de que realmente fuera a *hacerlo?*', se preguntó al llegar al cuarto piso. Allí le impidieron el paso unos porteros que se dedicaban a sacar los muebles de un piso. Sabía que el lugar estaba ocupado por un funcionario alemán y su familia. Este alemán se estaba mudando, por lo que el cuarto piso de la escalera quedaría sin ocupar, excepto por la anciana. 'Eso es bueno', pensó para sí mismo, mientras tocaba el timbre del piso de la anciana. El timbre emitió un leve tintineo como si fuera de lata y no de cobre. Los pequeños apartamentos de esos edificios siempre tienen timbres que suenan así. Había olvidado la nota de aquella campana y ahora su peculiar tintineo parecía recordarle algo y traerlo ante él. Se puso en marcha. Alterado y con los nervios de punta, al cabo de un rato, se abrió una pequeña rendija: la anciana detalló a su visitante con una desconfianza evidente a través de la rendija y no se veía nada más que sus pequeños ojos brillando en la oscuridad. Al ver que había varias personas en el rellano, se atrevió y abrió la puerta de par en par. El joven atravesó la oscura entrada que estaba separada de la pequeña cocina. La anciana estaba frente a él en silencio y

mirándole inquisitivamente. Era una anciana de sesenta años, diminuta y marchita, con ojos malignos y una pequeña nariz afilada. Su cabello era incoloro y un poco canoso, tenía el pelo grasiento y no lo cubría con un pañuelo. Alrededor de su largo y delgado cuello, parecido a una pata de gallina, tenía anudado una especie de trapo de franela y, a pesar del calor, le colgaba sobre los hombros una chaqueta de pieles sarnosas, amarillas por la edad. La anciana tosía y gemía a cada instante. El joven debió mirarla con una expresión bastante peculiar, pues un brillo de desconfianza reapareció en los ojos de la anciana.

“Raskólnikov, estudiante, vine aquí hace un mes”, se apresuró a murmurar el joven con una media reverencia, recordando que debía ser más cortés.

“Me acuerdo, mi buen señor<sup>1</sup>, me acuerdo muy bien de su llegada”, dijo la anciana con claridad, sin dejar su mirada inquisitiva en su rostro.

“Y aquí estoy otra vez... con el mismo encargo”, continuó Raskólnikov, un poco desconcertado y sorprendido ante la desconfianza de la anciana.

‘Tal vez sea siempre así aunque la otra vez no lo noté’, pensó con una sensación de inquietud.

La anciana hizo una pausa, como si dudara; luego se paró a un lado y señalando la puerta de la habitación, dejando que su visitante pasara por delante de ella, dijo:

“Pase, mi buen señor”.

La pequeña habitación en la que entró el joven, con papel amarillo en las paredes, geranios y cortinas de muselina en las ventanas, estaba iluminada por el poniente. ‘Así que el sol también brillará así cuando pase *eso*’, le pasó por la mente a Raskólnikov. Con una mirada rápida escudriñó todo lo que había en la habitación, tratando en la medida de lo posible de fijarse y recordar cada detalle de

aquel espacio. Pero no había nada especial en la habitación. Los muebles, todos muy viejos y de madera amarilla, consistían en un sofá con un enorme respaldo de madera curvada, una mesa ovalada frente al sofá, un tocador con un espejo fijado entre las ventanas, sillas a lo largo de las paredes y dos o tres grabados de monedas en marcos amarillos que representaban a damiselas alemanas con pájaros en las manos; eso era todo. En la esquina ardía una luz ante una pequeña imagen. Todo estaba muy limpio: el suelo y los muebles brillaban de pulidez; todo brillaba. ‘Este es el trabajo de Lizavetina’, pensó el joven. No se veía ni una mota de polvo en todo el piso. ‘Es en las casas de las viejas viudas rencorosas donde se encuentra tanta limpieza’, pensó de nuevo Raskólnikov y echó una mirada curiosa a la cortina de algodón que cubría la puerta que conducía a otra pequeña habitación, en la que se encontraban la cama y la cómoda de la anciana y en la que nunca se había fijado. Estas dos habitaciones conformaban el apartamento entero.

“¿Qué quieres?”, dijo la anciana con severidad, entrando en la habitación y, como antes, poniéndose delante de él para mirarlo directo a la cara.

“He traído algo para empeñar” y sacó de su bolsillo un anticuado reloj plano de plata, en cuyo reverso estaba grabado un globo terráqueo; la cadena era de acero.

“Pero se ha acabado el tiempo de tu última prenda. El mes se cumplió anteayer”.

“Le traeré los intereses del otro mes; espere un poco”.

“Pero esa es mi decisión, mi buen señor, esperar o vender su prenda de inmediato”.

“¿Cuánto me dará por el reloj, Aliona Ivánovna?”.

“Viene usted con tales pequeñeces, mi buen señor, que apenas valen nada. La última vez le di dos rublos por su

anillo y se podría comprar nuevo en una joyería por un rublo y medio”.

“Deme cuatro rublos por él, lo canjearé, era de mi padre. Pronto tendré algo de dinero”.

“Un rublo y medio, con intereses por adelantado, si quieres”.

“¡Un rublo y medio!”, gritó el joven.

“Como usted quiera” y la anciana le devolvió el reloj. El joven lo cogió y se enfadó tanto que estuvo a punto de marcharse pero cambió de parecer, pues no había ningún otro lugar al que pudiera ir y también porque tenía otro objetivo al venir que no le permitía ir a ningún otro sitio.

“Entrégalo”, dijo bruscamente el joven.

La anciana buscó a tientas en su bolsillo las llaves y desapareció detrás de la cortina en la otra habitación. El joven, que se quedó solo en medio de la habitación, escuchó con atención, pensando. Podía oírla abriendo la cómoda. ‘Debe ser el cajón de arriba’, reflexionó. ‘Así que lleva las llaves en un bolsillo a la derecha. Todo en un manojito de un llavero de acero... y hay una llave allí, tres veces más grande que todas las demás, con huecos profundos; esa no puede ser la llave de la cómoda... entonces debe haber alguna otra cómoda o cofre... que valga la pena conocer. Los cofres siempre tienen llaves así... Pero qué degradante es todo esto’.

La anciana volvió.

“Aquí, mi buen señor: como quedamos, diez copecas el rublo al mes, así que debo tomar quince copecas de un rublo y medio, por el mes por adelantado. Pero por los dos rublos que te presté antes, me debes ahora veinte copecas, en el mismo cálculo, por adelantado. Son treinta y cinco copecas en total. Así que debo darte un rublo y quince copecas por el reloj. Aquí está”.

“¡Qué! ¿Solo un rublo y quince copecas ahora?”.

“Así es”.

El joven no lo discutió y tomó el dinero. Miró a la anciana y no se apresuró a marcharse, como si hubiera algo que quisiera decir o hacer pero no supiera qué.

“Quizá le traiga algo más dentro de un día o dos, Aliona Ivanovna, algo valioso, de plata, una caja de cigarrillos, tan pronto como me la devuelva un amigo”, se interrumpió con confusión.

“Bueno, entonces hablaremos de ello, buen señor”.

“Adiós —¿siempre estás sola en casa, tu hermana no está aquí contigo?”, le preguntó con la mayor naturalidad posible mientras salía al pasillo.

“Mi buen señor, ¿acaso es asunto suyo?”.

“Ah, nada en particular, simplemente pregunté. Es usted demasiado... ¡Adiós, Aliona Ivánovna!”.

Raskólnikov salió confundido. Esta confusión se hizo cada vez más intensa. Mientras bajaba las escaleras se detuvo en seco, dos o tres veces, como si de repente le asaltara algún pensamiento. Cuando estaba en la calle, gritó:

“¡Oh, Dios, qué repugnante es todo esto! ¡Y puedo, puedo posiblemente...! No, es una tontería, ¡es una bobada!”, añadió con firmeza. “¿Y cómo podría? ¿Qué cosas atroces se me ocurren? De qué cosas sucias es capaz mi corazón. Sí, asqueroso, sobre todo, repugnante, repugnante, repugnante... y durante todo un mes he estado...”.

Pero ninguna palabra o ninguna exclamación podía expresar su agitación. El sentimiento de intensa repulsión que había comenzado a oprimir y torturar su corazón mientras caminaba hacia la anciana había llegado a tal punto y tomado una forma tan definida que no sabía qué

hacer con él para escapar de su desdicha. Caminaba por la acera como un borracho, sin tener en cuenta a los transeúntes y empujándose contra ellos. Solo recobró el sentido cuando llegó a la siguiente calle. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que estaba cerca de una taberna a la que se entraba por unas escaleras que llevaban desde la acera hasta el sótano. En ese momento, dos hombres borrachos salieron a la puerta, tropezándose y apoyándose el uno en el otro. Sin detenerse a pensar, Raskólnikov bajó los escalones de inmediato. Hasta ese momento nunca había entrado en una taberna pero ahora se sentía mareado y atormentado por una sed ardiente. Ansiaba un trago de cerveza fría y atribuyó su repentina sed a la falta de comida. Se sentó en un rincón oscuro y sucio, pidió una cerveza y bebió con avidez el primer vaso. En seguida sus pensamientos se aclararon. 'Todo eso es una tontería', dijo esperanzado, 'y no hay nada de lo que preocuparse. Es simplemente un trastorno físico. Solo un vaso de cerveza, un trozo de pan seco... y luego de un momento el cerebro es más fuerte, la mente es... más clara y la voluntad es firme. Uf, qué insignificante es todo esto...'. Después de esta reflexión desdeñosa, ahora estaba como si de repente se hubiera liberado de una terrible carga y miraba amistosamente a los presentes en la sala. Pero incluso en ese momento tuvo un presentimiento de que ese estado de ánimo más feliz tampoco era normal.

Había poca gente en la taberna. Además de los dos hombres borrachos que se encontró en la escalera, un grupo formado por unos cinco hombres y una chica con un acordeón salieron al mismo tiempo. Su salida dejó la sala tranquila y vacía. Las personas que seguían en la taberna eran un hombre que parecía ser un artesano, borracho, pero no en extremo, sentado ante un vaso de cerveza, y su

acompañante, un hombre enorme y corpulento con barba gris y un abrigo corto con falda. Estaba muy borracho y se había quedado dormido en el banco. De vez en cuando comenzó a crujir los dedos en medio de su somnolencia, con los brazos abiertos y la parte superior de su cuerpo saltando sobre el banco, mientras tarareaba un estribillo sin sentido, tratando de recordar algunas líneas como estas:

Todo el año acariciando a mi mujer,

To... do el año aca... riciándola.

O despertándose otra vez:

Al cruzar la calle Podiácheskaya,

Me tropecé con la otra...

Pero nadie compartió su gozo: su silenciosa compañera miraba con positiva hostilidad y desconfianza todas estas manifestaciones. Había otro hombre en la sala que parecía un funcionario jubilado. Estaba sentado aparte, sorbiendo de vez en cuando de su vaso y mirando a la compañía. También él parecía estar en agitación.

## Capítulo II

Raskólnikov no estaba acostumbrado a las multitudes y, como hemos dicho antes, evitaba a la sociedad de todo tipo, todavía más en los últimos días. Pero ahora, de repente, sintió el deseo de estar con otra gente. Algo nuevo parecía estar ocurriendo en su interior y con ello sentía una especie de sed de compañía. Él estaba tan cansado después de todo un mes de solitaria tristeza y de excitación sombría que anhelaba descansar, aunque fuera por un momento, en otro mundo y, a pesar de la suciedad de los alrededores, se alegró de permanecer en la taberna.

El dueño del establecimiento estaba en otra habitación pero a menudo bajaba algunos escalones para estar en la sala principal, con sus alegres botas alquitranadas, con la parte superior roja, que se veían antes que el resto de su persona. Llevaba un abrigo completo y un chaleco de raso negro horriblemente grasiento, sin corbata y toda su cara parecía untada de aceite, como una cerradura de hierro. En el mostrador había un chico de unos catorce años y otro algo más joven que entregaba lo que le pedían. Sobre el mostrador descansaban algunas rodajas de pepino, trozos de pan negro seco y algo de pescado, cortado en trozos pequeños, todo oliendo muy mal.

Aquello estaba insufriblemente cerca y orquestaban un ambiente tan pesado que cinco minutos en tal atmósfera podrían emborrachar a un hombre. Hay encuentros fortuitos con desconocidos que nos interesan desde el primer momento, antes de que se pronuncie una palabra. Esa fue la impresión que causó en Raskólnikov la persona sentada a poca distancia de él, que parecía un oficinista jubilado. El joven recordaba a menudo esta impresión y hasta la atribuyó a un presentimiento.

Miró repetidamente al oficinista, en parte, sin duda, porque este le miraba con insistencia y evidente deseo de entablar una conversación. El oficinista parecía acostumbrado a la compañía de las demás personas de la sala, incluyendo al tabernero, pero ya estaba cansado de ellos y mostraba un desprecio condescendiente, por ser personas de la cultura y de la posición inferior a la suya, con los que era inútil conversar. Era un hombre de más de cincuenta años, calvo y canoso, de mediana estatura y complexión robusta. Su rostro, hinchado por el consumo continuo de alcohol, era amarillo, incluso verdoso, con los párpados hinchados, en los cuales brillaban unos ojos rojizos y afilados como pequeñas grietas. Pero había algo muy extraño en él: una luz en sus ojos, como si se tratara de un sentimiento intenso, incluso un pensamiento o inteligencia, pero al mismo tiempo se veía un destello de algo parecido a la locura. Llevaba un viejo abrigo negro irremediablemente rasgado al que le faltaban todos los botones, excepto uno, y ese lo tenía abrochado, aferrándose a este último rastro de respetabilidad. Vestía una camisa cubierta de manchas y sobresalía de su chaleco de lona. Como un oficinista, no llevaba barba ni bigote pero hacía tanto no se rasuraba que su barbilla parecía un cepillo grisáceo. Sí había algo respetable en él, como un oficial que

tiene sus modales. Pero estaba inquieto; se alborotaba el pelo y de vez en cuando dejaba caer la cabeza entre las manos, apoyando con desánimo los codos sobre la mesa manchada y pegajosa. Por fin miró fijamente a Raskólnikov y dijo en voz alta y con decisión:

“¿Puedo aventurarme, honorable señor, a entablar con usted una cortés conversación? Ya que, aunque su exterior no impone respeto, mi experiencia me advierte que es usted un hombre educado y no acostumbrado a la bebida. Siempre he respetado la educación cuando está unida a sentimientos genuinos y además soy un consejero titular de rango. Marmeládov, tal es mi apellido; consejero titular. Me atrevo a preguntar: ¿has prestado servicio?”.

“No, estoy estudiando”, respondió el joven, algo sorprendido por el estilo grandilocuente del señor y la forma tan directa de dirigirse a él.

A pesar de aquel deseo momentáneo por tener de cualquier tipo de compañía. Cuando el oficinista se dirigió a él sintió inmediatamente su habitual aversión irritable e inquieta por cualquier extraño que se acercara o intentara acercarse a él.

“Entonces, un estudiante o un antiguo estudiante “, exclamó el empleado. “Justo lo que pensaba. Soy un hombre con experiencia, una inmensa experiencia, señor...” y se golpeó la frente con los dedos en señal de autoaprobación. “¡Usted ha sido estudiante o ha asistido a alguna institución intelectual... pero permítame”. Luego se levantó, se tambaleó, tomó su jarra y su vaso y se sentó al lado del joven, de cara a él, un poco de lado. Estaba borracho pero hablaba con fluidez y audacia. Solo de vez en cuando perdía el hilo de sus frases y arrastraba las palabras. Se dirigió a Raskólnikov con tanta avidez como si él tampoco hubiera hablado con nadie en un mes.

“Honorable señor”, comenzó casi con solemnidad, “la pobreza no es un vicio, es un dicho verdadero. Pero también sé que la embriaguez no es una virtud y eso es aún más cierto. Pero la mendicidad, honorable señor, la mendicidad es un vicio. En la pobreza todavía puedes conservar tu nobleza de alma innata pero en la mendicidad nunca, nadie. Es por la mendicidad que un hombre no es expulsado de la sociedad humana con un palo, sino que se le barre con una escoba, para que sea lo más humillante posible; y con razón, ya que en la mendicidad estoy dispuesto a ser el primero en humillarme. Honorable señor, hace un mes el señor Lebeziátnikov le dio a mi esposa una paliza y mi esposa es muy diferente a mí. ¿Comprende usted? Permítame hacerle otra pregunta por simple curiosidad: ¿ha pasado alguna vez una noche en una barcaza de heno, en el Neva?”.

“No, no lo he hecho”, respondió Raskólnikov. “¿Qué quiere decir?”.

“Bueno, acabo de llegar de una y es la quinta noche que he dormido así...”, llenó su vaso, lo vació y se detuvo. Los trozos de heno se pegaban a su ropa y a su pelo. Parecía bastante probable que no se hubiera desvestido o bañado en los últimos cinco días. Sus manos, en particular, estaban sucias. Eran gordas y rojas, con las uñas negras. Su conversación despertaba un interés general pero escaso. Los chicos del mostrador se echaron a reír. El dueño de la posada bajó de la habitación superior, aparentemente para escuchar al ‘tipo gracioso’ y se sentó a poca distancia, bostezando pero con dignidad. Evidentemente, Marmeládov era una figura familiar allí y lo más probable es que hubiera adquirido su debilidad por los discursos altisonantes por la costumbre de entablar, con cierta frecuencia, conversaciones con desconocidos que llegaban

a la taberna. Este hábito se vuelve una necesidad para algunos borrachos, en especial para aquellos que son cuidados con severidad y se les impone el orden en casa. Por eso, en compañía de otros bebedores, intentan justificarse e, incluso, si es posible, obtener consideración.

El tabernero dijo:

“¡Qué gracioso! ¿Y por qué no trabajas, por qué no estás en tu deber, si estás prestando servicio?”.

“¿Por qué no cumplo con mi deber, señor?”, continuó Marmeládov, dirigiéndose solo a Raskólnikov, como si hubiera sido él quien le hubiera hecho la pregunta, “¿Por qué no cumplo con mi deber? ¿No me duele el corazón por pensar que soy un gusano inútil? Hace un mes, cuando el señor Lebeziátnikov golpeó a mi esposa con sus propias manos y yo estaba borracho, ¿no sufrí? Disculpe, joven, ¿le ha pasado alguna vez... Mmm... Bueno, pedir desesperadamente un préstamo?”.

“Sí, me ha pasado. Pero, ¿qué quiere decir con “desesperadamente”?”.

“Sin esperanza en el sentido más amplio, cuando sabes de antemano que no vas a conseguir nada. Ya sabes, por ejemplo, una certeza previa de que este hombre, este respetado y ejemplar ciudadano, no le dará dinero; y de hecho, le pregunto, ¿por qué habría de hacerlo? ¿Debería? Porque él sabe, por supuesto, que no se lo devolveré. ¿Por compasión? Pero el señor Lebeziátnikov, que se mantiene actualizado con las ideas modernas, explicó el otro día que la compasión está prohibida hoy en día por la propia ciencia y que eso es lo que se hace ahora en Inglaterra, donde hay economía política. ¿Por qué, le pregunto, debería dármela? Y sin embargo, aunque sé de antemano que no lo hará, yo me dirijo a él y...”.

“¿Por qué vas y lo haces?”, agregó Raskólnikov.

“Bueno, cuando uno no tiene a nadie, no puede ir a ningún otro sitio. Porque todo hombre debe tener un lugar al que ir. Ya que hay momentos en los que es absolutamente necesario ir a alguna parte. Cuando mi propia hija salió por primera vez con un billete amarillo<sup>2</sup>, entonces tuve que ir.. (porque mi hija tiene un pasaporte amarillo)”, añadió entre paréntesis, mirando con cierta inquietud al joven. “No importa, señor, no importa”, continuó apresuradamente y con aparente compostura cuando los dos chicos del mostrador se rieron y hasta el tabernero sonrió. “¡No me confunde el meneo de sus cabezas! Porque todo el mundo lo sabe ya y todo lo que es secreto se hace público. Yo lo acepto todo, no con desprecio, sino con humildad. Que así sea. Que así sea. ¡Contempla al hombre! Perdona, joven, ¿puedes...? No, para decirlo más fuerte y más claramente; no ‘puedes’ sino ¿te atreves a afirmar, mirándome, que no soy un cerdo?”.

El joven no respondió ni una palabra.

“Bien”, el orador comenzó de nuevo con firmeza e incluso con dignidad, después de esperar a que las risas de la sala se apagaran. “Bueno, que así sea, yo soy un cerdo, ¡pero ella es una dama! Yo tengo la apariencia de una bestia pero Katerina Ivánovna, mi esposa, es una persona educada y es hija de un oficial. Es cierto que soy un sinvergüenza pero ella es una mujer de corazón noble, llena de sentimientos, refinada por la educación. Y sin embargo... ¡Oh, si ella sintiera algo por mí! Honorable señor, honorable señor, usted sabe que todo hombre debería tener al menos un lugar donde alguien sienta algo por él. Pero Katerina Ivánovna, aunque es magnánima, es injusta.... Y sin embargo, aunque me doy cuenta de que cuando me tira del pelo lo hace solo por compasión, repito sin vergüenza, me tira de los cabellos, joven”, declaró con

redoblada dignidad al oír de nuevo las risitas. “Pero, Dios mío, si ella se limitara a una vez a.... ¡Pero no, no! ¡Todo es en vano y es inútil hablar! ¡Es inútil hablar! Porque más de una vez, mi deseo se hizo realidad y más de una vez ella ha sentido algo por mí, pero... ¡así es mi destino y soy una bestia por naturaleza!”.

“Más bien”, aseguró el dueño de la posada bostezando.

Marmeládov golpeó con decisión su puño sobre la mesa. “¡Tal es mi destino! ¿Sabe usted, señor, sabe usted, que he vendido hasta sus propias medias para beber? No sus zapatos... eso estaría más o menos en el orden de las cosas, pero sus medias... ¡He vendido sus medias por la bebida! Su chal de mohair lo vendí por la bebida, un regalo que le hice hace mucho tiempo, algo de su propiedad, no mía. Vivimos en una habitación fría y ella se ha resfriado en este invierno. Ha empezado a toser y a escupir sangre. Tenemos tres niños pequeños y Katerina Ivánovna trabaja de la mañana a la noche, fregando, fregando, limpiando y bañando a los niños porque está acostumbrada a la limpieza desde pequeña. Pero su pecho es débil y tiene tendencia a la tuberculosis, ¡y yo lo noto! ¿Crees que no lo siento? Y cuanto más bebo más lo siento. Por eso también bebo. Trato de encontrar simpatía y sentimiento en la bebida... Bebo para poder sufrir el doble”. Luego, como si estuviera desesperado, inclinó su cabeza sobre la mesa. “Joven”, continuó levantando de nuevo la cabeza, “me parece leer en su rostro alguna preocupación. Cuando usted entró la leí y por eso me dirigí a usted de una vez. Porque al contarle la historia de mi vida no deseo convertirme en el hazmerreír de estos desocupados, que de hecho ya lo saben todo, sino que busco un hombre con sentimientos y educación. Sepa entonces que mi esposa fue educada en una escuela de clase alta para las hijas de los

nobles y al salir bailó el baile del chal, ante el gobernador y otras personalidades, por lo que se le entregó una medalla de oro y un certificado de mérito. La medalla... bueno, la medalla por supuesto se vendió hace mucho tiempo pero el certificado de mérito todavía está en su baúl y no hace mucho se lo mostró a nuestra casera. Aunque ella nunca está en buenos términos con la casera, quería contarle a alguien sus honores pasados y sobre los días felices que se han ido. No la condeno por ello, no la culpo, porque lo único que le queda es el recuerdo del pasado y todo lo demás es polvo y cenizas. Sí, sí, es una dama de espíritu, orgullosa y decidida. Friega los suelos y no tiene más que pan negro para comer pero no permite que le falten al respeto. Es por eso que ella no quiso pasar por alto los desplantes del Sr. Lebeziátnikov. Por eso, cuando le dio una paliza, ella se fue a la cama, más por la herida en sus sentimientos que por los golpes. Era viuda cuando nos casamos, con tres hijos, uno más pequeño que el otro. Se casó, por amor, con su primer marido: un oficial de infantería. Huyó con él de la casa de su padre. Estaba muy encariñada con su marido pero él cedió a las cartas, se metió en problemas y con ello murió. Solía golpearla al final y, aunque ella le devolvió los golpes (de lo que tengo pruebas documentales auténticas) hasta el día de hoy habla de él con orgullo y me lo echa en cara. Yo me alegro, me alegro que, aunque solo sea en la imaginación, ella piense en que una vez fue feliz... Porque al final se quedó pobre, con tres hijos en un distrito salvaje y remoto donde yo me encontraba en ese momento; y la dejaron en tan desesperada pobreza que, aunque he visto muchos altibajos de todo tipo, no me siento capaz de describirlo. Todos sus parientes la abandonaron. Ella era orgullosa, también, excesivamente orgullosa... Y entonces, honorable señor, y

entonces yo, viudo en ese momento, con una hija de catorce años que me dejó mi primera esposa, le ofrecí mi mano porque no podía soportar la visión de tal sufrimiento. Puede entender, por sus calamidades, que ella, una mujer de educación y cultura, de distinguida familia, haya consentido ser mi esposa. ¡Pero lo hizo! Llorando y sollozando y retorciéndose las manos, ¡se casó conmigo! Porque ella no tenía a quién recurrir. ¿Entiende usted, señor, entiende lo que significa cuando uno no tiene absolutamente ningún sitio a donde acudir? No, que usted no entiende todavía...Y durante todo un año cumplí fielmente con mis deberes y no toqué esto”, golpeó la jarra con el dedo, “porque tengo sentimientos. Pero aun así, no pude complacerla; y entonces también perdí mi puesto y eso no fue culpa mía, sino de los cambios en la oficina. ¡Luego sí la toqué! Pronto hará un año y medio desde que nos encontramos por fin después de muchas andanzas y numerosas calamidades en esta magnífica capital, adornada con innumerables monumentos. Aquí obtuve un empleo... Lo obtuve y lo perdí de nuevo. ¿Entiende? Esta vez fue por mi propia culpa, lo perdí porque mi debilidad salió a flote... Ahora tenemos parte de una habitación en casa de Amalia Fiódorovna Lippevechsel. De lo que vivimos y cómo pagamos el alquiler, no podría decirlo. Hay mucha gente que vive allí además de nosotros. Suciedad y desorden, una completa algarabía... Mmm... Sí... Y mientras tanto mi hija, la que me dejó mi primera esposa, ha crecido. No voy a hablar de lo que mi hija ha tenido que soportar de su madrastra mientras crecía. Porque aunque Katerina Ivánovna está llena de sentimientos generosos, es una dama enérgica, irritable y malhumorada... Sí. ¡Pero es inútil que lo repita! Sonia, como usted puede imaginar... no ha tenido ninguna educación. Hice un esfuerzo hace cuatro

años para darle un curso de geografía e historia universal, pero como yo mismo no estaba muy bien en esas materias, no teníamos libros adecuados y los que teníamos... ¡hum! De todos modos ahora no tenemos ni eso, así que nuestra educación no llegó muy lejos. Nos detuvimos en Ciro de Persia. Desde que ha alcanzado la madurez, ha leído otros libros de tendencia romántica y últimamente había leído con gran interés un libro que consiguió a través del señor Lebeziátnikov: La Fisiología, de Lewis, ¿lo conoces? Incluso nos leyó extractos del mismo: eso comprende toda su educación. Ahora me atrevo a dirigirme a usted, honorable señor, por mi cuenta, con una pregunta privada. ¿Supone usted que una chica pobre y respetable puede ganar mucho con un trabajo honesto? No puede ganar ni quince copecas al día, si es respetable y no tiene ningún talento especial, y eso sin dejar de trabajar ni un instante. Lo que es más, Iván Ivánitch, el consejero civil, ¿has oído hablar de él? No le ha pagado la media docena de camisas de lino que le hizo y la ha echado bruscamente, pisoteándola y despreciándola, con el pretexto de que los cuellos de las camisas no seguían el patrón y estaban cortados de forma incorrecta. Y ahí estaban los pequeños hambrientos... Y Katerina Ivánovna caminando de arriba abajo y retorciéndose las manos, con las mejillas enrojecidas, como siempre lo están por esa enfermedad: "Aquí vives con nosotros", dice ella, "comes y bebes y te mantienes caliente y no haces nada para ayudar". Pero no mucho voy a comer y beber cuando no hay una migaja para los pequeños durante tres días. Estaba acostado en ese momento... bueno, ¡qué más da! Estaba durmiendo borracho y oí hablar a mi Sonia (es una criatura gentil con una vocecita suave... pelo rubio y una carita tan pálida y delgada). Dijo: "Katerina Ivánovna, ¿de verdad voy a hacer una cosa así?" Y Daria Frántsovna, una mujer de

mal carácter y muy conocida por la policía, había intentado, dos o tres veces, llegar a ella a través de la casera. “¿Y por qué no? ¿Por qué no?”, dijo Katerina Ivánovna con una burla, “lo consideras muy valioso para tener tanto cuidado”. Pero no la culpe, no la culpe, honorable señor, no la culpe. No era ella misma cuando hablaba sino que estaba distraída por su enfermedad y el llanto de los niños hambrientos. Se lo dijo más para herirla que para otra cosa... Porque ese es el carácter de Katerina Ivánovna y cuando los niños lloran, aunque sea de hambre, se pone a pegarles de inmediato. A las seis vi a Sonia levantarse, ponerse el pañuelo, su capa y salir de la habitación. A eso de las nueve volvió. Se dirigió directamente a Katerina Ivánovna y puso treinta rublos sobre la mesa ante ella, en silencio. No dijo ni una palabra, ni siquiera la miró. Solo se limitó a coger nuestro gran chal verde de dames (tenemos un chal, hecho de *drap de dames*), se lo puso sobre la cabeza y el rostro y se acostó en la cama con la cara hacia la pared; sus pequeños hombros y su cuerpo no dejaba de estremecerse. Seguía tumbada allí, igual que antes. Y entonces vi, joven, vi a Katerina Ivánovna, en el mismo silencio, subir a la camita de Sonia. Estuvo de rodillas toda la tarde besando los pies de Sonia y no quiso levantarse. Luego ambas se durmieron en los brazos de la otra... juntas, juntas... sí... y yo... me quedé acostado, borracho”.

Marmeládov se detuvo en seco, como si la voz le fallara. Luego se apresuró a llenar su vaso, bebió y se aclaró la garganta.

“Desde entonces, señor”, continuó tras una breve pausa, “desde entonces, debido a un desafortunado suceso y a través de información proporcionada por personas malintencionadas, principalmente Daria Frántsovna, quien llegó con el pretexto de que había sido tratada con falta de

respeto, mi hija Sofía Semiónovna se ha visto obligada a tomar un billete amarillo y debido a ello no puede seguir viviendo con nosotros. Porque nuestra casera, Amalia Fiódorovna no quiso ni oír hablar de ello (aunque ya había apoyado a Daria Frántsovna) y el señor Lebeziatnikov tampoco... Mmm... Todos los problemas entre él y Katerina Ivánovna eran por cuenta de Sonia. Al principio, él pretendía hacer las paces con Sonia y luego, de repente, se levantó sobre su dignidad: “¿Cómo puede un hombre tan culto como yo vivir en las mismas habitaciones con una chica así?”. Katerina Ivánovna no lo dejó pasar, se levantó por ella... y así fue como sucedió. Sonia viene a visitarnos de vez en cuando, sobre todo al anochecer. Consuela a Katerina Ivánovna y le da todo lo que puede. Tiene una habitación en casa de los Kapernaúmov, los sastres, y se aloja con ellos. Kapernaúmov es un hombre cojo y con labio leporino y toda su numerosa familia también tiene labio leporino, incluyendo a su esposa. Todos viven en una habitación pero Sonia tiene la suya propia, separada de... Mmm... Sí... gente muy pobre y todos con labio leporino. Entonces me levanté en la mañana, me puse mis trapos, levanté mis manos al cielo y me dirigí a su excelencia Iván Afanásievich. ¿Lo conoces? ¿No? Es un hombre de Dios que no conoces. Es de cera ante la cara del Señor, como cera que se derrite. Sus ojos se oscurecieron cuando escuchó mi historia. ‘Marmeládov, otra vez has defraudado mis expectativas... Te tomaré una vez más bajo mi propia responsabilidad’. Eso es lo que dijo, ‘recuerda’, dijo, ‘y ahora puedes irte’. Besé el polvo a sus pies, en mi mente, porque en realidad él no me habría permitido que lo hiciera, siendo un estadista y un hombre de ideas políticas e ilustradas. Volví a casa y cuando anuncié que había sido